

# LA «PUERTA» DE NAHUELHUAPI: IMAGINARIO Y FORMAS DE EXPLORACIÓN DEL TERRITORIO EN LA FRONTERA AUSTRAL DEL REINO DE CHILE

María Ximena Urbina Carrasco<sup>1</sup>

En este trabajo pretendemos llamar la atención sobre una de las fronteras menos conocidas del imperio español en América, un espacio geográfico que no sólo era margen o periferia por su lejanía y difícil acceso, y donde la presencia hispana fue ocasional y culturalmente tenue, sino sobre todo como imaginario geográfico. Intentaremos presentar un análisis sobre el significado que fue teniendo Nahuelhuapi en los siglos XVII y XVIII en cuanto territorio austral, lejano y separado del reino de Chile por el llamado «Estado de Arauco», en la frontera meridional, y por la barrera de la Cordillera de los Andes. Nahuelhuapi fue considerado puerta hacia el confín del continente, siendo posible asomarse por allí desde la provincia de Chiloé, esta última, el enclave hispánico más austral de las Indias, y de donde se oteaban los desconocidos territorios de la Trapananda y las tierras magallánicas. Los territorios continentales del este y del sur, y los canales australes que se extienden desde Chiloé hasta Tierra del Fuego, estaban poblados por distintas etnias, y por su lejanía de los centros poblados y la dificultad del acceso se mantenían al margen de la civilización hispana. Tal frontera geográfica generó confusiones, imprecisiones y mitos, como han sido siempre los amplios espacios desconocidos, origen de las leyendas errantes, como la fabulosa Ciudad de los Césares, buscada hasta bien avanzado el siglo XVIII y nunca encontrada. La misión, los Césares, la aventura, impulsaron las exploraciones con fines evangelizadores y de reconocimiento y vigilancia de aquellas fronteras, todo lo cual significó la utilización recursos materiales e inmateriales propios de la cultura chilota<sup>2</sup>.

Presentamos este trabajo como posibilidad de reflexión sobre los bordes extremos del Imperio, el imaginario que estimulaba las expediciones y las formas de exploración (terrestres, fluviales, marítimas), así como sus objetivos, organización y participantes, sus oficios, derroteros y herramientas de los expedicionarios en una geografía en la que se impone y diversifica el uso de la madera, todo lo cual testimonia una manera de ver, concebir y transitar los márgenes australes propia de una sociedad periférica como la chilena de los siglos XVII y XVIII.

1 [mxurbinac@hotmail.com](mailto:mxurbinac@hotmail.com). Este tema es parte de la investigación que realizamos para nuestra tesis doctoral (2006) en el Departamento de Historia de América de la Universidad de Sevilla, dirigida por Luis Navarro García, a quien manifestamos nuestra más profunda gratitud y dedicamos este trabajo.

2 Sobre este tema estamos ejecutando un proyecto de investigación, junto a Miguel Chapanoff C., titulado «Tradiciones culturales de navegación prehispánica en el archipiélago de Chiloé: una aproximación desde la Historia y la etnografía». Proyecto Fondart (Fondo Nacional de Desarrollo Cultural y de las Artes), 2007.

## 1. IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DEL ÁREA DE NAHUELHUAPI

Un área marginal del reino de Chile, situada allende los Andes y casi completamente desconocida en el período colonial fue el lago Nahuelhuapi y su área circundante<sup>3</sup>. Las expediciones que alcanzaron este lago, y la misión jesuita que por un corto tiempo se mantuvo allí, fueron autorizadas y sostenidas desde la provincia de Chiloé. Al lago se le consideraba «puerta de entrada» a la Patagonia y al Estrecho de Magallanes<sup>4</sup>, por ser lo más septentrional de ella, punto desde donde se extendían las «interminables» pampas hasta el extremo austral del continente.

Nahuelhuapi era una zona marginal dentro de un espacio territorial también periférico: la frontera huilliche<sup>5</sup>. Esta correspondía el sector sur del «Estado de Arauco», como se denominó al territorio recuperado por los mapuches y huilliches luego del levantamiento general iniciado en 1598 y que dividió a Chile en dos: la «tierra de paz» y la «frontera». La frontera huilliche –que en la documentación se le llama «de arriba», en razón de su latitud– se extendía de norte a sur desde el río Toltén hasta los fuertes de San Miguel de Calbuco y San Antonio de la Ribera de Carelmapu, en la tierra firme de Chiloé, ambos levantados por los vecinos «retirados de Osorno» para servir de contención a los ataques de indígenas juncos y huilliches, poner en resguardo a la provincia de Chiloé, y servir de puestos de avanzada para las campeadas o malocas del siglo XVII. La frontera huilliche era un territorio sin ciudades ni presencia hispana (Valdivia fue repoblada sólo en 1645, pero como plaza fuerte y presidio, de cara al Pacífico y de espaldas al «enemigo interno»), en cuyo interior estaban las ruinas de Osorno, que con el tiempo se hizo impenetrable por impedirlo los indígenas, hasta que pudo ser transitado en los últimos años del dieciocho. En este contexto, la zona de Nahuelhuapi se comporta como borde de la frontera huilliche en cuanto ocupa el sector trasandino con proyección hacia Magallanes. Estaba habitado por dos grupos étnicos distintos: los puelches (pertenecientes a la familia mapuche) y la etnia poya (de la familia tehuelche), ambos grupos cazadores y recolectores seminómadas<sup>6</sup>.

Antes de 1598 Nahuelhuapi había estado conectada con las ciudades más próximas de Villarrica, Valdivia, Osorno y Castro. Después de la gran rebelión, si se aspiraba a recuperar aquel espacio era desde Chiloé y no desde Chile, por impedirlo la frontera mapuche, por entonces en guerra viva. Jurisdiccionalmente, el territorio de Nahuelhuapi dependía de Chiloé, provincia que había quedado escindida del reino, aislada y postergada luego de los

3 En lengua mapuche Nahuelhuapi quiere decir Isla del Tigre, por *nahuel*, tigre y *huapi*, lago. El lago se ubica al oriente de la Cordillera de los Andes y tiene como ejes el meridiano 71° 32' de longitud oeste y el paralelo 41 de latitud sur, ocupando un área de 557 kilómetros cuadrados.

4 José Imhoff, de la Compañía de Jesús, Concepción, 14 de diciembre de 1717. Archivo General de Indias (Sevilla), Audiencia de Chile, Legajo 153 (en adelante AGI, Chile, 153).

5 María Ximena Urbina Carrasco, «La frontera 'de arriba' chilena y el camino de Chiloé a Valdivia, 1786-1788», *Temas Americanistas*, n° 18, Departamento de Historia de América, Universidad de Sevilla, 2006.

6 Véase Osvaldo Silva Galdames, «Las etnias cordilleranas de los Andes centro-sur al tiempo de la conquista hispana, y la cultura puelche», *Cuadernos de Historia*, n° 10 (Santiago de Chile, 1990). También Silva Galdames, Osvaldo y Eduardo Téllez Lúgaro: «Los pewenche: identidad y configuración de un mosaico étnico colonial», *Cuadernos de Historia*, n° 13 (Santiago de Chile, 1993).

sucesos iniciados en Curalaba<sup>7</sup>, y que en derecho comprendía desde el río Bueno, por el norte, hasta el Estrecho de Magallanes por el sur, abarcando la zona trasandina.

Los intereses sobre la zona de Nahuelhuapi se manifestaron durante todo el período colonial en cuanto territorio por ganar. Pero presentaba obstáculos, como el que oponía la Cordillera de los Andes, que actuaba como barrera más que por su altura, por la geografía entrecortada de lagos, ríos, estuarios e impenetrables bosques y una lluvia incesante. Tampoco era un territorio rico. No se había encontrado indicios de oro ni otros metales preciosos, sus habitantes eran rústicos cazadores pampeanos de vida itinerante que siempre habían demostrado oposición a la presencia hispana. Además, estaba situado demasiado lejos de Buenos Aires y de las ciudades chilenas, excepto Castro y el fuerte de Calbuco. Sin embargo, el interés por el área se despertó tempranamente. ¿Por qué?

En primer lugar, Nahuelhuapi se consideraba punto de partida de una ruta terrestre que permitiría alcanzar el Estrecho de Magallanes, vía complementaria a la vía marítima por los canales australes. Ambas rutas se intentaban abrir desde los tiempos de Pedro de Valdivia<sup>8</sup>, con la mira puesta en fundar y sostener un establecimiento costero para socorro de las embarcaciones y freno o embarazo a los extranjeros. Sin embargo, el lago Nahuelhuapi era sólo un minúsculo punto casi perdido en la inmensidad de la Patagonia. Durante la primera etapa de la conquista apenas se pudo llegar allí, pero no se fundó un establecimiento militar ni misional, ni se puso alcanzar el Estrecho por tierra desde ese punto.

Por otro lado, y a pesar de la dificultad que imponía la naturaleza, Nahuelhuapi también fue visto como posible vía de comunicación entre Chiloé y Chile a fines del XVII, en tiempos en que «los indios rebeldes de junco y osorno tenían tan cerrado el camino hasta Valdivia que no dejan jamás pasar una sola carta»<sup>9</sup>, de modo que la única vía terrestre de comunicación posible entre la provincia de Chiloé, valdivia y la «tierra de paz» –Chile Central– fue Nahuelhuapi. Esta ruta allende los Andes llegó a ser transitada por un corto período a pesar de no ser un camino formal ni muchos menos apto para carretas, difícil de vencer desde Calbuco y algo más cómoda entre el lago y Valdivia, pero preferible a los arriesgados viajes por mar. Estos, en caso de urgencia, se hacían en embarcaciones de origen prehispánico llamadas dalcas, hechas de 3 ó 5 tablas y sin quilla, capaces para navegar por el mar interior de Chiloé, pero inapropiadas para aventurarse en el mar abierto, y cubrir las 40 leguas entre Chiloé y Valdivia, cuyo tramo mas peligroso a sortear era el Canal de Chacao, donde eran frecuentes los naufragios<sup>10</sup>.

7 Rodolfo Urbina Burgos, *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*, Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1983.

8 Jerónimo de Alderete, comisionado por Pedro de Valdivia, reconoció la zona de Neuquén hacia 1551. Al verano siguiente, 1552-1553, Valdivia envió a Francisco de Villagra, del que se sabe que cruzó la cordillera por el paso de Villarica y avanzó 70 leguas al sur, donde fue detenido por las lagunas del «río fugaz de Limucan» (río Limay). Es decir, habría avanzado por el área de Nahuelhuapi y transitado el boquete que más tarde se emplearía desde la ciudad de Villarica hasta 1598, año del gran levantamiento mapuche-huilliche.

9 Gonzalo de Covarrubias, de la Compañía de Jesús, General de la Provincia de Chile al Rey, Santiago, 25 de enero de 1710. AGI, Chile, 159.

10 Francisco Cavada, «Naufragios ocurridos en las costas de Chiloé o en sus proximidades», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, LI, n° 55 (Santiago de Chile, 1925-1926).

Por lo tanto, la vía de Nahuelhuapi, siendo más larga y trabajosa de alcanzar, se valoraba como más segura cuando los puelches y poyas lo permitían. Desde Castro o Chacao se navegaba al fuerte de Calbuco, que era la avanzada en la tierra firme de la provincia de Chiloé, además de ser el lugar poblado y fuerte más próximo, situado a unas 30 leguas de distancia del lago. Desde Calbuco se seguía el llamado por entonces «camino de las lagunas» (parte a pie, parte navegando) hasta Nahuelhuapi. Llegar al lago se conseguía abriendo camino en medio de la espesura, es decir, haciendo frente a infinidad de accidentes difíciles de superar con la tecnología de la época. Aún hoy la comunicación entre ambos sitios sigue siendo difícil. Una vez en Nahuelhuapi, se avanzaba hacia el norte (las fuentes nombran los parajes de Colihuaca y Rucachoroy) por la vertiente oriental del macizo andino, para luego cruzar la cordillera por algún paso a la altura de Concepción, y se continuaba el viaje hasta Santiago a través de Chile Central. La ruta de Nahuelhuapi fue posible entre 1700 y 1717, período en el que estuvo vigente la misión jesuita levantada allí. Por entonces uno de los que más viajaba a Chile por esta vía era el español de Chiloé Diego Téllez de Barrientos, que por lo frecuente de sus viajes llegó a ser «compadre» del cacique Manquehuenay<sup>11</sup>.

La importancia del lago era también estratégica. Desde tiempos prehispánicos era un lugar de encuentro de etnias puelches y poyas, «naciones» que se daban allí concierto para intercambios. Pero en el siglo XVI hubo capturas de «nahuelhuapis» (así se les llamaba genéricamente) para ser desarraigados, trasladados y concedidos en encomiendas a los vecinos de Valdivia y Osorno. Luego, durante la primera mitad del siglo XVII, poyas y puelches fueron reputados como «rebeldes» y se les aplicó la cédula de esclavitud de 1608. Los hispano-criollos de Chiloé salían a coger «piezas» en las incursiones de malocas, como en la emprendida por Juan Verdugo en 1666, que salió desde Chiloé y regresó con un número indeterminado de cautivos<sup>12</sup>, pero que más tarde fueron restituidos a sus tierras por el jesuita Nicolás Mascardi en su primer viaje a Nahuelhuapi, en 1670, cuando inauguró sus propósitos evangelizadores.

Que el área del lago haya sido lugar de encuentro de etnias despertó el interés misional de la Compañía de Jesús. Desde que cesaron las malocas por mediación de los jesuitas, Nahuelhuapi fue entendida como misión de penetración. La intención era hacer una reducción y concentrar a los indios de ambas etnias en un pueblo, cuestión de muy difícil realización por el modo de vida de las etnias aludidas y las tensiones entre ambas. Sin embargo, se reconocía la potencial importancia de la proyectada misión, no sólo en la posible conversión de estas naciones, sino en hacerla trampolín a las demás poblaciones patagónicas situadas al sur, donde había parajes y etnias desconocidas a principios del siglo XVIII.

Los jesuitas del Colegio de Castro jugaron un rol fundamental. Ya mantenían en Chiloé las misiones más prósperas de Chile, por sus copiosos frutos llamadas el «jardín

11 El gobernador de Chiloé Antonio Martínez y la Espada sobre las expediciones chilotas en busca de los Césares, San Carlos, 28 de enero de 1783. Biblioteca Nacional de Chile, Manuscritos Medina, Vol. 203, fjs. 171 (en adelante BN, MM).

12 Verdugo a Francisco Meneses, gobernador de Chile, Chiloé, 20 de noviembre de 1666. BN, MM, Vol. 155, fjs. 190v-191.

de la Iglesia». Motivados por sus éxitos quisieron extender sus conquistas espirituales a las regiones periféricas australes, insulares y continentales<sup>13</sup>. Sus objetivos eran los naturales de las Guaitecas, archipiélago de los Chonos, Guayaneco, incluso las demás «naciones» hacia el Estrecho. Por la misma razón, se empeñaron en el otro extremo de la provincia de Chiloé, el noreste, cuyo centro era Nahuelhuapi. Como hemos dicho, el primero el internarse hasta allí fue Mascardi, en 1670, que logró fundar una misión (un humilde rancho) a orillas del lago, para intentar adoctrinar a poyas y puelches<sup>14</sup>. No se detuvo allí. Desde ella salió 4 veces por tierra hacia el sur para descubrir nuevas etnias y alcanzar el Estrecho. Pero no tuvo éxito ni en la misión, que no logró ser estable, ni en llegar a la Magallania continental.

Siguiendo las huellas de Mascardi, otros jesuitas se internaron sin pausa hacia Nahuelhuapi para alcanzar el corazón de la Patagonia, hasta que fueron expulsados de Chile y de los territorios de la Corona en 1767<sup>15</sup>. La misión sólo existió en el corto período de 1670 a 1717, con interrupciones, lo que demuestra su inestabilidad y casi nulos frutos. A pesar del admirable tesón jesuita, la misión estaba lejos, marginada, precariamente abastecida y de difícil acceso. Los naturales nunca pudieron ser reducidos a pueblo ni tampoco prosperaron los cultivos en un suelo estéril. En otras áreas fronterizas las misiones podían conservarse porque se instalaban al alero de un fuerte con guarnición militar, que actuaba como muestra del poder de coerción de la Corona<sup>16</sup>. Los jesuitas de Chiloé –que en este sentido fueron poco realistas– lograron que el gobernador de Chile dejara en sus manos la incorporación de aquellos territorios a la Corona, sin necesidad de implantar presencia militar. Los españoles más cercanos eran los del fuerte de Calbuco, a unos siete días de viaje. Hay que agregar, sin embargo, que luego de la muerte de Mascardi en manos de los indígenas, no hubo real insistencia de parte de las autoridades chilenas y chilotas por fundar un fuerte en aquel punto, a pesar de su importancia estratégica y «puerta» de entrada a las pampas. Quizá se veía en ello un acto sin sentido, porque el fuerte habría estado demasiado distante en medio de un territorio desconocido e inconmensurable, y rodeado de indígenas hostiles que recelaban de los españoles por las pasadas malocas. Por eso, la misión se explica fundamentalmente por el empeño jesuita de consolidar una política de paz, y porque el intento de evangelizar a los

13 Fernando Casanueva, '«La evangelización periférica en el Reino de Chile», *Nueva Historia*, Año 2, n° 5 (Londres, 1982).

14 Guillermo Furlong S.J., *Nicolás Mascardi, S.J. y su Carta-Relación (1670)*, Buenos Aires: Ediciones Teoría, 1963; Guiseppe Rosso, «Nicolo Mascardi missionario gesuita esploratore del Cile e della Patagonia (1624-1674)», *Archivum Historicum Societatis Iesu*, n° 37-38 (Roma, 1950). Agradecemos al historiador Mateo Martinic que gentilmente nos ofreció y envió este artículo.

15 Hubo cuatro mártires jesuitas en el corto período entre 1673 y 1717: Nicolás Mascardi, muerto con boleadoras, Felipe de la Laguna, envenenado, Juan José Guillermo, también envenenado, y Francisco Elguea, muerto a flechazos y boleadoras. La relación entre frontera, misión y martirio es comparable entre el sur de Chile y el norte de México. Véase Luis Navarro García, «Misión y martirio. Los religiosos muertos en las fronteras septentrionales de Nueva España», en *Estudios sobre América. La Asociación Española de Americanistas en su XX aniversario*, Sevilla, 2005. En el caso chileno, alguna documentación en Miguel de Olivares, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, José Toribio Medina, *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Tomo VII, Santiago: Imprenta El Ferrocarril, 1874. José Miguel Irrarázaval Larraín, *La Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos*, Santiago: Editorial Andrés Bello, 1966 (1ª edición, 1930). Francisco Fonck, *Viajes de Fray Francisco Menéndez*, Valparaíso: Imprenta Niemeyer, 1900.

16 Fernando Casanueva, «La evangelización periférica», p. 9. Por ejemplo, las misiones jesuitas en la frontera mapuche, al alero de los fuertes del Bío Bío.

puelches y poyas obedecía a un plan más ambicioso de pacificación de los mapuches y de toda la frontera por medio de misiones y ausencia de armas.

Otra razón que comparece para explicar el empeño de misioneros y autoridades militares por Nahuelhuapi fue el mito errante de la legendaria Ciudad de los Césares<sup>17</sup>. Esta creencia, generalizada conforme avanzaba el siglo XVIII, fue importante estímulo para la internación misionera de Mascardi hacia la Patagonia desde Nahuelhuapi. Cuando caminó por las pampas dijo que lo hacía para descubrir los Césares.

Por último, había una razón de defensa. Desde mediados del siglo XVIII se venía temiendo que los ingleses u otros extranjeros enemigos de la Corona desembarcasen en algún lugar del extremo sur del continente (o que ya lo hubiesen hecho, en ese caso, se hablaba de ellos también como Césares), donde no existía defensa alguna. Se pensaba que llegado el momento podrían aliarse con poblaciones indígenas no sometidas a la Corona, y asaltar la isla de Chiloé o Valdivia, lo que pondría en riesgo el reino de Chile y el Perú. El ambiente de temor explica los preparativos para tal eventualidad, con la construcción de barcos, el envío de expediciones marítimas a los canales australes, la fortificación de Valdivia, Valparaíso y San Carlos de Ancud, todo esto dentro de una política borbónica orientada a proteger las costas, integrar el territorio, concentrar la población en villas y abrir caminos. Un proyectado establecimiento en Nahuelhuapi respondía a la necesidad de tener presencia en la Patagonia. Y aunque no se pensó en un fuerte allí, el restablecimiento misional fue una idea permanente y testimonio de soberanía.

Por eso en 1765 el gobernador de Chiloé, Juan Antonio Garretón, y el jesuita del colegio de Castro, Juan Esquivel, realizaron una nueva expedición hacia Nahuelhuapi, no obstante que los caminos estaban cerrados desde hacía 48 años. La expedición no logró llegar al lago<sup>18</sup>. Tampoco lo consiguió otro jesuita que le sucedió, el padre Segismundo Guell en 1766<sup>19</sup>. Cuando el año siguiente se disponía intentarlo nuevamente, lo sorprendió la cédula de expulsión de la Compañía.

17 A comienzos de la conquista del río de la Plata, los Césares estaban situados en las sierras del noroeste de Argentina (Tucumán). Esos eran los que vio el capitán Francisco César cuando se internó por el río de la Plata. Durante la conquista de Chile se les situó en ese mismo lado de los Andes, al sur del continente. Estos eran Césares indios, que vivían llenos de oro y riquezas, al margen de los españoles y ocultándose de ellos. La leyenda fue modificándose y pronto se les confundió, asoció y fundió con naufragos españoles sobrevivientes del Estrecho o individuos descendientes de las frustradas colonias del Nombre de Dios y el Rey Don Felipe, a los que se les atribuyó el oro. La leyenda, entonces, fue avanzando hacia el sur y su oro —a lo que se añadió la abundancia de todo, inmortalidad, etc.— fue buscado desde Chiloé hacia la Patagonia. Entre otros, véase Patricio Estellé y Ricardo Couyoumdjian, «La ciudad de los Césares: origen y evolución de una leyenda (1526-1580)», *Historia*, n° 7 (Santiago de Chile, 1968); Ricardo Couyoumdjian, «Manuel José de Orejuela y la abortada expedición en busca de los Césares y extranjeros, 1780-1783», *Historia*, n° 10 (Santiago de Chile, 1971); Claudia Borri, «La expedición Valdiviana de 1777 en busca de la 'Ciudad de los Césares'», *Notas Históricas y Geográficas*, n° 5-6 (Valparaíso, 1994-1995); y Mateo Martinic, *Historia de la región magallánica*, Punta Arenas: Universidad de Magallanes, 1992, Tomo I, p. 244 y ss.

18 Oficio del gobernador de Chiloé, Juan Antonio Garretón, sobre una expedición al interior de Reloncaví, al presidente Antonio Guill y Gonzaga, Chacao, 21 de octubre de 1765. BN, MM, Vol. 271. También Archivo Nacional de Chile, Fondo Capitanía General, Vol. 710, fjs. 134-135 (en adelante AN, CG).

19 Guell a Manuel de Castelblanco, gobernador de Chiloé, Ralún, 18 de enero de 1767. AN, CG, Vol. 710, fjs. 88-89.

Los franciscanos de Santa Rosa de Ocopa heredaron el interés por Nahuelhuapi desde su llegada a Chiloé en 1771, pero sólo lo lograron en 1792, con Fray Francisco Menéndez, luego de cuatro viajes<sup>20</sup>. Con él se pusieron fin a las expediciones chilotas del siglo XVIII.

## 2. LAS DOS RUTAS A NAHUELHUAPI.

Establecer la vía Chiloé-Nahuelhuapi-Chile, y a la inversa, la de Chiloé-Nahuelhuapi-Patagonia, fue siempre una aspiración político-misional. El camino era difícil. Para ello había que conseguir llegar primero al lago por alguna de las dos precarias rutas posibles. Una de ellas era el «camino de las lagunas»<sup>21</sup>, y la otra, el «camino de las carretas». Nos referiremos en primer lugar al de las lagunas.

El primer viaje de que se tenga noticia desde Chiloé a Nahuelhuapi por este camino es el de Juan Fernández, en 1620. El objetivo era rumbar el noreste, cruzar la cordillera y alcanzar el lago. El grupo, compuesto de 46 hombres, comenzó la travesía desde Calbuco, haciendo el primer tramo en piraguas. El itinerario fue el siguiente<sup>22</sup>: desde Calbuco navegaron hacia el este «hasta la boca de Purailla» (lago Güeñanca o Llanquihue). Allí navegaron por donde «rompe la mar siete leguas la falda de la cordillera hacia el norte entre dos ríos», es decir, el fiordo del Reloncaví. Vararon las piraguas y anduvieron por tierra tres leguas hasta llegar a la laguna de Quechocaví o Todos los Santos, que cruzaron hacia el este durante nueve leguas hasta alcanzar la otra orilla, para luego «subir» por el río Peulla por tres más hasta dar con la otra banda de la cordillera, y caminaron otras cinco leguas «de mal camino por no estar abierto» para, finalmente, encontrar el lago Nahuelhuapi. En él navegaron por ocho leguas (se supone que de oeste a este) entrando en contacto con puelches. No avanzaron hacia el sur más que lo suficiente para avistar las pampas de la Patagonia.

No hay mas información sino hasta medio siglo más tarde, en 1670, cuando Nicolás Mascardi transitó esta misma ruta. Desde Mascardi pasaron casi 100 años hasta que otra vez fuera recorrido –porque para entonces «ni ellos [los indios] venían a Chiloé ni de Chiloé se iba a ellos». El que se aventuró esta vez fue el franciscano Guell, en 1766. Durante todo ese tiempo la naturaleza con «terremotos, lluvia y años» había borrado las huellas del camino<sup>23</sup>.

Antes, en 1704, cuando el jesuita Felipe de la Laguna hizo el viaje desde Nahuelhuapi a Chiloé, es decir, a la inversa, siguió «el camino de las lagunas» en compañía de seis puelches,

20 Diario del [primer] viaje de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi (enero a marzo de 1791), Archivo Histórico Nacional de Madrid, (en adelante AHN), Diversos-Colecciones, 32, N° 44, f. 1v. También AGI, Lima, 1607. El diario de su segundo viaje, entre noviembre de 1791 y febrero de 1792, está en AGI, Lima, 1607 y AHN, Diversos-Colecciones, 32, n° 44. Para los dos viajes restantes véase a Francisco Fonck, *Viajes de Fray Francisco Menéndez*.

21 Corresponde en parte al actual paso fronterizo Vicente Pérez Rosales.

22 Memorial de Diego Flores de León, s/fecha (década de 1620), José Toribio Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena*, Amsterdam - N. Israel: 1965, (3 Tomos), T. II, p. 255.

23 Segismundo Guell, «Noticia breve y moderna del archipiélago de Chiloé, de su terreno, costumbres de sus indios, misiones, escrita por un misionero de aquellas islas en el año 1769 y 70». Walter Hanisch lo atribuye a Guell, pero no es seguro. El original se halla en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI), Chile, Vol. 5, fjs. 345 a 383v. Consultamos la «Noticia» que ha publicado Walter Hanisch S.J., *La isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Santiago: Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago, 1982, Apéndice Documental, Dcto. III, p. 240.

para intentar habilitar esta ruta y conseguir en Calbuco mantenimientos para la misión. Su relato es el primero que describe la dificultad y lo peligroso del tránsito. «A 22 de enero salí para Chiloé navegando unas lagunas horribles [lagos Nahuelhuapi y Todos los Santos], no sin riesgo de la vida por ser las embarcaciones de estos indios pequeñas y malas. Anduve las dos montañas a pie porque no se puede de otra suerte, y más que es el camino tan malo que no tengo yo palabras para explicarlo»<sup>24</sup>. Después de los dos cordones montañosos, pasó el río Peulla. Ese año la ruta era recorrida por gente de Chiloé, porque en dicho río el jesuita se encontró con los chilotes Miguel Velásquez y Lucas Almonacid, acompañados de seis indios de Calbuco. Esto indica, al parecer, que desde la tierra firme chilota se hacían exploraciones, quizá con la intención de conchabar. Del relato de Laguna se desprende, también, que había una embarcación en la orilla occidental del lago Todos los Santos.

Una visión contemporánea del camino, pero en sentido inverso, la da el padre Juan José Guillermo en su memorial escrito en 1708. Dice que el camino Chiloé/Nahuelhuapi era muy dificultoso «por estar lleno de lagunas y asperezas de cordilleras, malos pasos y despeñaderos, caminando todo el dicho camino a pie con el agua que en muchas partes da cerca de la cintura, siendo preciso llevar las cargas de matalotaje y demás cosas en hombros de indios»<sup>25</sup>. Por entonces el camino entre la misión y Calbuco tomaba 9 ó 10 días. La misma visión la da Jerónimo de Pietas, quien califica el camino de «penoso», con «ocho leguas de piélagos que navegar, luego entra en seis leguas de montaña llana y pantanosa... y se llega a una laguna que tiene cinco leguas de navegación y se encuentra con el río Peulla, que peligrosamente se vadea siete veces por entre dos serranías, de ahí se pasa la cordillera muy empinada, no tiene más que una legua de subida y se encuentra con otra laguna [Nahuelhuapi] de seis leguas de navegación»<sup>26</sup>.

Similar descripción, aunque un poco más precisa, ofreció fray Francisco Menéndez en el diario de su primer viaje a Nahuelhuapi, en 1792. Menciona la navegación desde Calbuco, luego el fiordo de Reloncaví y la pequeña bahía de Ralún: hasta allí todo era por mar. Desde Ralún se seguía por tierra durante tres leguas hasta la primera laguna llamada Calbutue, punto en el que había que tomar una de las dos rutas. Se prefirió la del sur, es decir, la de las carretas o de Vuriloche. En el camino de las lagunas, en cambio, se avanzaba a pie durante dos «leguas largas» hasta llegar al lago Todos los Santos, «dejando a Calbutue a la parte del este». Aquí era preciso embarcarse y navegar primero al norte casi dos leguas, y luego al este por una legua y media, «dejando el volcán de Pata por el oeste, en donde está el desagüe de la laguna de Todos Santos». Después se navegaba una legua al sudoeste y otra al norte, «que así va dando vuelta la laguna». Por cerca de una legua se pasaba una ciénaga, hasta entrar «en la playa de un río Blanco que baja del este» y se andaban otras dos leguas «largas». Se vadeaba el río por donde se extendía y dividía en más brazos y se le seguía por la parte del norte. Al

<sup>24</sup> Carta del padre Felipe de la Laguna. Miguel de Olivares, *Historia de la Compañía*, citada por W. Hanisch, *La isla de Chiloé*, p. 97.

<sup>25</sup> Memorial del padre Juan José Guillermo, superior de la misión de Nahuelhuapi, 1 de diciembre de 1708. AGI, Chile, 159.

<sup>26</sup> Jerónimo de Pietas al pdte. Gabriel Cano de Aponte, 19 de diciembre de 1719, Real Academia de la Historia, Madrid, Ms. 4172, publicado por W. Hanisch, *La isla de Chiloé*, p. 92.

pie de la cordillera se vadeaba otro río que bajaba de una ensenada que hace la cordillera, «y como otra legua frente al derrumbo que está en el río grande hay una abra o quebrada de la cordillera y por ella baja otro río». Desde este punto se seguía este río y sólo a las cuatro leguas, «por las muchas vueltas y quebradas que se encuentran», se llegaba finalmente al lago Nahuelhuapi<sup>27</sup>.

Por su parte, el «camino de las carretas», de Vuriloche, de Bariloche, o «camino antiguo», era, como lo dice su nombre, anterior al de las lagunas. Por él entraban a maloquear los españoles de Chiloé a Nahuelhuapi a fines del siglo XVI, con tanta frecuencia y fuerza que los indígenas se retiraron o se consumieron, y su derrotero se desconocía en el XVII y XVIII. Ya en 1620 se había perdido su rastro porque ni Juan Fernández ese mismo año, ni Mascardi, en 1670, lo usaron. Se recordaba que por él se tardaban tres días para llegar a Chiloé, y era «tan fácil» que los indios poyas iban a mariscar a las playas de Calbuco<sup>28</sup>. Según un español, ya anciano, que lo había transitado, «se podían conducir con mulas los géneros que necesitaba la misión... sin la fatiga de haberlas de transportar desde Chiloé a hombros»<sup>29</sup>, como se hacía hasta entonces por el camino de las lagunas. Aunque lo llamaban, también, «de las carretas», parece difícil admitir que se hubiera usado este medio de transporte, excepto cabalgaduras.

La principal dificultad de aquella vía era tener que evitar los lagos intermedios, lo que obligaba a rodearlos a pie por 16 leguas «llevando las cargas a cuestras por ríos, montañas y cordilleras»<sup>30</sup>, haciendo que la distancia fuera mayor que la del otro camino. Dice Enrich que restablecida la misión en 1703, distaba 67 leguas de Castro: 24 leguas entre esta capital provincial y Calbuco, 14 leguas más hasta Ralún y las 29 restantes hasta Nahuelhuapi<sup>31</sup>. Aunque en 1707 el presidente Ibáñez de Peralta informó al rey de la reapertura de este camino antiguo<sup>32</sup>, sólo se verificó en 1715<sup>33</sup>. Desde entonces data su nuevo nombre, Vuriloche.

Fue el padre Juan José Guillermo, cuando cumplía su primer período en la misión, quien redescubrió y reabrió la calzada. Quiso recuperar su huella porque «era el único medio de mantener la misión con alivio y descanso», pudiendo conducir desde Ralún las mulas con bastimentos, alimentos, ropas y el agasajo de los indios en no más de tres días hasta la misión<sup>34</sup>. Para abrirlo lo intentó tres veces. La primera vez, Guillermo lo hizo entrando desde Chiloé, pero yendo «sin derrotero definido, se perdían en la montaña». En un tercer intento Guillermo se hizo guiar por un indio poya, que hacía de práctico por haber servido de fiscal con el padre Mascardi<sup>35</sup>. El poya lo llevó hasta un lugar llamado Los Baños (es decir, termas),

27 Menéndez, Francisco: Diario de la segunda expedición a Nahuelhuapi. AGI, Lima, 1607.

28 Memorial del padre Juan José Guillermo, superior de la misión de Nahuelhuapi, 1 de diciembre de 1708. AGI, Chile, 159.

29 Miguel de Olivares, *Historia de la Compañía*, (T. VII), p. 523.

30 José Imhoff, de la Compañía de Jesús, Concepción, 14 de diciembre de 1717. AGI, Chile, 153.

31 Francisco Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Barcelona; Imprenta Francisco Rosal, 1891, T. II, p. 57. Enrich agrega que en ese tiempo las leguas eran más largas, «hoy diríamos 38, 18 y 30 leguas».

32 El presidente Ibáñez de Peralta al rey, Santiago, 30 de julio de 1707. AGI, Chile, 159.

33 Hay un artículo dedicado exclusivamente a este camino. Benjamín García Gorroño, «El camino de Vuriloche», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n.º. 103, 104, 108 y 109 (1943-1947).

34 Idem.

35 Memorial del padre Juan José Guillermo, superior de la misión de Nahuelhuapi, 1 de diciembre de 1708. AGI, Chile, 159.

desde donde salieron dos avanzadas. Una de ella, que iba por Los Baños y Ralún, «penetró dos días la montaña hasta que vio señales de dicho camino de Vuriloche», pero por estar cubierto de arboledas y coligües no pudo pasar adelante, además de la falta de víveres. Con la certeza de haber encontrado el camino, Guillermo pidió al rey que mandase al gobernador de Chiloé abrir esa ruta, como efectivamente se hizo.

Lorenzo de Cárcamo, gobernador isleño, dio a conocer el descubrimiento de Guillermo del viejo camino en carta a la Junta de Hacienda, el 17 de julio de 1710. Dijo que el camino se había «conseguido», y que para lograrlo había enviado a Nahuelhuapi a un capitán de la provincia, Villarroel, con el pretexto de averiguar sobre un hurto que habían hecho los poyas al padre Juan José Guillermo. Iba con 20 españoles y otros tantos indios, «a ponerlos en terror para que en lo de adelante no se desvergonzasen a llevar lo que los padres tenían». El indio que se imputó como responsable del robo a la misión se ofreció, por miedo al castigo, a mostrar el camino a la cuadrilla<sup>36</sup>.

Guillermo, Villarroel y sus hombres, el indio guía y los indios amigos avanzaron a caballo hasta más de la mitad del camino. Y como el padre «antes servía de embarazo», se quedó, pasando adelante el resto del grupo. Atravesaron la cordillera «sin que hubiese impedimento», y en medio de ella encontraron una cueva «en que se solían alojar los que venían al paraje nombrado El Papal», dice la fuente. De esto informó el gobernador Cárcamo, y de haber enviado 40 milicianos con sus armas para reconocer y poner en tránsito el camino, encontrando que éste estaba «en algunos parajes no muy buenos, pero con gente se pueden componer»<sup>37</sup>.

En 1716 Pedro Molina, gobernador interino de Chiloé, se aplicó a la tarea de ponerlo en servicio por orden del presidente de Chile Andrés de Ustáriz, con tanto esmero que lo dejó corriente, «habiendo bajado desde la misión a Chiloé en caballos y mulas»<sup>38</sup>. Esta gestión estuvo a cargo de Diego Téllez de Barrientos, el mismo que en el pasado transitaba entre Chiloé y Valdivia por la vía de Nahuelhuapi, quien en carta a Molina, da la primera noticia de la apertura en febrero de 1716. «Participo a V.M. –dice– de mi llegada a este fuerte de Calbuco con la gente que llevé a mi cargo sin avería ninguna. Y fue Dios servido que en 20 días abrí el camino de Vuriloche, lo más intrincado de él». Se construyeron algunos puentes, «con alegría de todos mis compañeros y gran aplauso de los padres para la continuación de aquella santa misión y alivio de toda esta provincia»<sup>39</sup>. Según Téllez, el camino permitía ir desde Calbuco a Nahuelhuapi en no más de tres días, «aunque vayan durmiendo», y desplazarse en cabalgaduras, como él mismo lo hizo con toda la gente «en mulas y caballos y algunas cargas de matalotaje», que trajo de vuelta desde el lago. Ocho años más tarde, en una oposición a encomienda en Chiloé, Téllez dice que el viaje de apertura lo realizó llevando consigo 80 hombres en total, «40 españoles y 40 indios soldados» por espacio de 30 días<sup>40</sup>.

36 Memorial del gobernador de Chiloé Lorenzo de Cárcamo, 17 de julio de 1710. AGI, Chile, 159.

37 Idem.

38 El presidente Andrés de Ustáriz al rey, Santiago, 24 de octubre de 1716. BN, MM, Vol. 178.

39 Diego Téllez de Barrientos a Pedro de Molina, Calbuco, 5 de febrero de 1716. BN, MM, Vol. 178.

40 Oposición a la encomienda de Quehui y Rauco por Don Diego de Téllez y Barrientos, Castro, 19 de agosto de 1724. AN, ACG, Vol. 36.

En diciembre de 1717 el camino era trajinado con cabalgaduras, «aunque con trabajos por los malos pasos y pantanos», porque «no se ha podido conseguir hasta ahora su composición total»<sup>41</sup>.

Dos meses después de abierta la senda de Vuriloche murió el padre Guillermo, asesinado por los mismos indios, probablemente en represalia por haber reabierto el camino por donde recordaban que antiguamente se les maloqueaba. En noviembre del año siguiente los puelches incendiaron la misión, ocasión en que murió el nuevo superior, el padre José Elguea. Así se cerró el paso, y medio siglo después se había perdido de la memoria toda noticia de su dirección.

En el verano de 1766-1767 Segismundo Guell emprendió el último viaje jesuita a Nahuelhuapi, partiendo desde Castro, y haciendo escala en Chacao, en Manao, en la isla de Calbuco y en la de Guar, pero no pudo encontrar la huella del camino de las carretas. Decidieron, entonces, intentar seguir por la de las lagunas<sup>42</sup>. En carta al gobernador de Chiloé, Manuel de Castelblanco, explicó su derrotero, diciendo haber recorrido dos caminos, primero el de las montuosas cordilleras, por el que anduvo casi la mitad de él hasta que intentaron desertar 5 ó 6 mozos. Hubo de convencerlos de que le acompañasen por el otro camino, «el que llaman de Queulla», por donde atravesaron el lado de Todos los Santos en una piragua de cinco brazas que construyeron en el mismo lugar. Se acercaron al volcán llamado Añón (el Monte Tronador, según Hanisch), del que escucharon «los grandes retumbos que da siempre que allá llega gente». Se encontró con un paisaje que describe como «un derrumbo de piedras y tierra, que tenía cegado el río». Lo que vio fue el ventisquero que se encuentra al pie de dicho monte, orígenes del río Peulla, según García García, B.: «El camino de Vuriloche», 3ª parte, p. 258.. El paso estaba de tal manera cerrado que, «aunque viniesen mil hombres no lo hiciesen penetrable»<sup>43</sup>. Ante esto sus hombres se negaron a seguir y se volvieron a Chiloé después de estar en viaje cinco meses y medio<sup>44</sup>. Desde Ralún envió carta al gobernador Castelblanco informándole lo visto, prometiendo volver a buscar el camino con sólo cinco hombres y despachando el resto de la gente «que no me ha de servir por cobarde». Ese mismo día, 18 de enero, regresó a Los Baños, y desde allí, a Chiloé.

El único franciscano que retomó el afán jesuita fue fray Francisco Menéndez, con sus cuatro viajes a Nahuelhuapi, el primero en 1791, pero sin conseguirlo, o quizá, sin esforzarse tanto en descubrir la vieja misión como en encontrar a los Césares. No pudo dar con la huella del camino de Vuriloche, por lo que se aventuró, con éxito, por el de las lagunas.

El siguiente en intentarlo fue el piloto de la real armada española José de Moraleda y Montero, en 1795, pero no lo consiguió<sup>45</sup>. Por eso, dice Hanisch, que Moraleda apenas

41 José Imhoff, de la Compañía de Jesús, Concepción, 14 de diciembre de 1717. AGI, Chile, 153.

42 Guell: «Noticia breve y moderna».

43 Guell a Castelblanco, gobernador de Chiloé, Ralún, 18 de enero de 1767. AN, CG, Vol. 710, fjs. 88-89.

44 W. Hanisch, *La isla de Chiloé*, p. 109.

45 Moraleda fue comisionado por el virrey del Perú en 1786 para que explorase el archipiélago de Chiloé, donde dio comienzo a su labor en 1787. De acuerdo a las instrucciones recibidas, levantó planos de las costas, circunnavegó la isla grande, reconociendo costas, clima, vegetación y las costumbres de sus pobladores, y lo mismo hizo en los archipiélagos y

pudo asomarse a Nahuelhuapi<sup>46</sup>. Con esto se cierran los viajes transcordilleranos durante el período colonial<sup>47</sup>.

### 3. CÓMO SE EXPLORABA EL TERRITORIO E IMAGEN DE LA NATURALEZA SURANDINA.

#### 3.1. *MODO DE AVANZAR.*

Las exploraciones a Nahuelhuapi eran una combinación de avance marítimo, terrestre y lacustre, sobre todo el camino de las lagunas, que buena parte se hacía embarcado. Desde entonces, las entradas fueron exploraciones locales, con intenciones pacíficas, pero peligrosas y muy esforzadas por ser territorio incógnito y de geografía hostil. La naturaleza se presentaba desconocida desde que se dejó de maloquear a Nahuelhuapi a mediados del siglo XVII, porque con ello se perdió toda noción certera sobre la geografía, excepto algunos puntos referenciales. Se debían cruzar muchos ríos y abrirse paso en cerrados bosques, hasta llegar a las pampas.

Las exploraciones eran ejecutadas por pequeños grupos que lo hacían sólo en verano, cuando las lluvias disminuían, aunque no cesaban. Se llevaban armas para defenderse en caso de ataque, pero ocultas para no alertar a los indios, y suficientes pertrechos de herramientas como machetes y hachas, además de vituallas, así como una buena provisión de baratijas, aguardiente, tabaco, ají y otras especies destinadas a los agasajos propios de los *limes*. Estas se entregaban para ganar la voluntad de los naturales que encontraren, porque como criterio común de las fronteras, se entendía que «con el agasajo se vencía» cualquier impedimento. De todas formas, los recursos que se copiaban en Chiloé eran siempre escasos. En la mayoría de

---

canales del sur de la isla, en dos viajes: 1787 y 1788, y 1793 y 1794. Sus informes fueron publicados en Chile por Diego Barros Arana. José Moraleda y Montero, *Exploraciones geográficas e hidrográficas de don José de Moraleda y Montero. Precedidas de una introducción por don Diego Barros Arana*, Santiago: Imprenta Nacional, Serie Documentos para la Historia Náutica de Chile, 1888.

<sup>46</sup> Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, *El viaje a Chiloé de José de Moraleda (1787-1790)*, Madrid: Editorial Naval, 1990. Salió de San Carlos el 13 de febrero de 1795 hacia Reloncaví, acompañado de 21 hombres, incluidos seis de la tropa, en dos embarcaciones. En Ralún la tripulación se alojó en las dos casas provisionales que habían sido construidas por el padre Menéndez para el refugio de su gente en sus expediciones. Siguió a pie con 15 hombres rumbo al lago Todos los Santos, subiendo por el cajón del fiordo de Reloncaví, cruzando el portezuelo Cabeza de Vaca, que Moraleda llamó Alto de la Cruz. Continuaron avanzando por un dificultoso terreno, hasta alcanzar la orilla del lago Todos los Santos, donde encontraron las piraguas de expediciones anteriores, probablemente de Menéndez. Cruzaron el lago navegando hacia el este, y se encontraron con el río Peulla, que por el enorme caudal que traía ya a finales de verano, no pudieron vadear. Entonces, desistieron de llegar a Nahuelhuapi, el objetivo del viaje, y regresaron a Ralún. B. García, «El camino de Vuriloche», n° 108, p. 273-275. Por lo tanto, no vieron el lago sino sólo el inicio del camino, pero fue suficiente para levantar un mapa de la zona.

<sup>47</sup> Los investigadores Benjamín García, Eduardo Tampe y más recientemente Patricio Estellé y Ricardo Couyoudmjian, han escrito un compendio de las expediciones del siglo XIX que exploraron la zona del lago Llanquihue y Todos los Santos, como las de Domingo Espiñeira, Bernardo Philippi, Juan Renal, Guillermo Döll y Benjamín Muñoz Gomero. Estellé y Couyoudmjian, «La ciudad de los Césares». Véase también, «Informe de los señores Francisco Fonck y Fernando Hess sobre la expedición a Nahuelhuapi», *Anales de la Universidad de Chile*, primera serie (Santiago, 1857); E. Guillermo Cox, *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia*, Santiago: Imprenta Nacional, 1863; Eduardo Tampe S.J., *Desde Melipulli hasta Puerto Montt. Trayectoria de ciento treinta años*, Santiago: s.i., 1983; Roberto Christie, «El camino de Vuriloche y su importancia para la ganadería en la región austral de Chile», *Anales de la Universidad de Chile*, vol. 114 (Santiago, 1904), pp. 97-116.

las incursiones a Nahuelhuapi no se contaba con fondos de la hacienda –cajas reales de San Antonio de Chacao y más tarde de San Carlos de Ancud–, y muchas veces los avíos salían del bolsillo del gobernador, de los sínodos del misionero o de los particulares.

Los expedicionarios a Nahuelhuapi iban, generalmente, si no comandados, entonces secundados por el misionero o *patiru* (así se le llamaba en Chiloé), como lo hicieron Mascardi, De la Laguna, Guillermo, Guell y Menéndez, según épocas, previa licencia del gobernador de la provincia. En ocasiones integraba el grupo otro padre compañero o *pichi patiru*, y eventualmente también algún español de Calbuco, Castro u otro lugar del archipiélago, antiguo conocedor del paraje, que ayudaba a «alumbrar» la ruta. Los efectivos que realizaban todos los trabajos eran soldados reglados del fuerte de Calbuco, y un número proporcionado de indios reyunos de Calbuco y Abtao. Estos últimos cumplían funciones de guías, cargueros y hacheros para abrir sendas. Un grupo expedicionario normal en este tipo de entradas era entre 15 y 30 personas, que portaban las armas y herramientas, menor el número de soldados y mayor el de baquianos y prácticos, especialmente milicianos españoles e indios tableros hábiles en el uso de hachas y machetes.

Si comparamos, las expediciones del siglo XVIII desde Valdivia y desde Chiloé al interior de la frontera huilliche –en sentido norte/sur, sur/norte–, fueron de tránsito relativamente cómodo comparado con los arriesgados y sufridos viajes hacia Nahuelhuapi. El paso de los ríos cordilleranos constituía uno de los mayores problemas. No había puentes de bejucos o de otro tipo que hubieran sido construidos por los naturales de esos parajes, como sí los había en Perú. El río Peulla, que Felipe de la Laguna vadeó en su viaje desde Nahuelhuapi a Chiloé en 1704, además del flujo de agua, presentaba el peligro de tener «piedras agudas», agravado por su curso que se debía vadear más de 20 veces, y aunque era bajo, el agua llegaba en algunas partes «hasta la cintura», y corría tan rápido «que si alguno cae en su corriente tiene un gran riesgo de la vida»<sup>48</sup>. Los hombres cruzaban amarrados con «soguillas» fabricadas por los indios amigos. Con este sistema se facilitaba sortear los ríos caudalosos, atados unos con otros, pero también para amarrar los *sachos*, como se llaman en Chiloé a las anclas de las dalcas o piraguas, y para anudar las tablas de las mismas. Moraleda explica lo que son las soguillas que mandó a hacer en Ralún en 1795, como lo hizo también Menéndez en 1791. «Dispuse –dice Moraleda– que las tripulaciones construyesen 600 varas de cordel (llaman soguilla) que hacen de la tez y filamentos inmediatos de la caña brava (llaman quila), cortándola de nudo en nudo, y con él cosen las tablas de las piraguas, sujetando al mismo tiempo la cáscara del alerce con que cubren las costuras, faena bastante trabajosa y morosa y que precisa hacerla aquí por no haber las cañas dichas en Todos los Santos ni en Nahuelhuapi»<sup>49</sup>.

Algunos ríos sólo podían cruzarse en dalcas, que se armaban y desarmaban en cada ocasión. En ellas pasaba la gente, pero también caballos, aunque con riesgo. El jesuita Segismundo

<sup>48</sup> Carta del Padre Felipe de la Laguna, en Miguel de Olivares, *Historia de la Compañía*, citada por W. Hanisch, *La isla de Chiloé*, p. 97.

<sup>49</sup> José de Moraleda, «Exploraciones geográficas e hidrográficas», p. 477, citado por Fonck, F.: *Viajes de Fray Francisco Menéndez*, p. 183 nota 2.

Guell llevó a la cordillera los caballos que embarcó en 1766. Sin embargo los perdió: «a uno se lo llevó un caudaloso río al pasarlo y al otro se lo comieron los leones», apunta el padre, queriendo decir pumas u onzas, como se lee en la documentación.

La mayoría de ríos del oriente eran rápidos y encajonados, que por sus correntadas o por escarpadas laderas no permitían vado ni piraguas. El intento de cruzarlos causaba detenciones dilatadas para poder formar «pasos». Estos se hacían volteando árboles altos en los parajes más estrechos. Había que elegir entre los árboles de la orilla alguno que, derribado, llegase al margen opuesto y no se lo llevase la corriente. Este modo de hacer «pasos» era el mismo que se usaba en Chiloé con el nombre de *cuicuyes*. Pedro Mansilla relata que de esta forma cruzaron algunos de los ríos en su segunda expedición de 1787 desde Chiloé hacia los llanos de Osorno. Dice que un río con bastante caudal y poca corriente fue vadeado por un bajo, y «los caballos y la gente pasaron por un árbol que se derribó, y también se logró por el dicho árbol pasar los bastimentos»<sup>50</sup>.

Los numerosos lagos hacia Nahuelhuapi presentaban superiores obstáculos, porque cuando sus orillas eran escarpadas no se podían transitar ni a pie ni montado, y para cruzarlos, era necesario construir las embarcaciones y luego esperar a que hubiera tiempo y vientos favorables –lo que podía tomar varios días– para navegar. Para atravesar caballos había que «balsearlos con sumo trabajo», atándoles «boyas de totora o anea para que no peligren»<sup>51</sup>. Guell narra un temporal mientras iban a bordo de una dalca en el lago Todos los Santos, cuando «una fiera borrasca, que de repente se levantan en dichos parajes, nos dio bien que hacer: porque la laguna alborotada como un mar, la embarcación pequeña sin hallar playa donde poder acogernos, lluvia y truenos, todo nos era contrario. Se llenaba la piragüilla con las furiosas olas que le entraban, y en el agua dulce no boya la embarcación como en la salada».

En tierra, se caminaba por un suelo casi siempre fangoso a causa de las constantes lluvias. Tanto hacia Nahuelhuapi como hacia Osorno, se avanzaba abriendo paso por la espesura con machetes, porque muchas veces la senda estaba cubierta de troncos podridos y arbustos, tan tupido que no podía llegar a pisarse el suelo, o apenas podían los hombres mantener el equilibrio topándose con árboles caídos y palos atravesados. Pero también porque en el tránsito por los pantanos del camino de las lagunas, los expedicionarios se encontraban «muchas sanguijuelas que desangran al que pasa si no se aforra las piernas»<sup>52</sup>.

El avance se hacía más lento y difícil por ir descalzo, por deterioro del zapato, o con calzado inadecuado para terrenos pantanosos y escarpados. Los misioneros muchas veces terminaban sin él. Laguna tuvo la compasión de los indios que le acompañaban, quienes «por verme los pies algo lastimados me obligaron a calzarme unos zapatillos de cuero de vaca

50 «Diario que hizo el capitán don Pedro de Mansilla, cuando fue a la expedición del camino de Osorno, en el año de 1787», AN, MM, Vol. 260, fjs. 222.

51 Manuel Olaguer Feliú a Pedro de Cañaveral, gobernador de Chiloé, 19 de enero de 1797. AGI, Chile, 199.

52 Informe de Jerónimo de Pietas al gobernador de Chile Gabriel Cano de Aponte, 19 de diciembre de 1719. Real Academia de la Historia, Madrid, Ms 4172, publicado por W. Hanisch, *La isla de Chiloé*, p. 92.

crudo, que hechos para sí los traían». Dice que eran «a manera de botines»<sup>53</sup>, los mismos que llamaban «tamangos» en Chiloé. Agrega el Padre Felipe que «con esta corta defensa y reparo tuve algún descanso y alivio, aunque apenas me podía mantener en pie» por lo fragoso del suelo. Además de las sanguijuelas, abundaban los tábanos, que se concentraban en verano, y cuya picazón se hacía insoportable.

Al igual que los hombres, los caballos sufrían lo escabroso del terreno, por lo que fácilmente se maltrataban. Aunque para superar los cerros más altos se hacían zigzagues en sus laderas, suavizando las subidas y bajadas, algunas cuestas eran muy ásperas y de tierra gredosa, que obligaba «a los caballos gran trabajo y fatiga poder vencerlas, por lo mucho que en ellas resbalan, y no pudiendo hacerse firmes, están expuestos a despeñarse como ya ha sucedido»<sup>54</sup>.

El paisaje era densamente verde. Predominaban especies como el alerce, coihue, lenga, roble, laurel y cipres. Eran los mismos árboles y muchos otros de los que había abundancia en las islas de Chiloé, y que tapaban la vista, de modo que transitando por su interior, la misma espesura no dejaba ver la Cordillera. Era un bosque tupido, húmedo y frondoso por la altura y denso follaje de los árboles, y tan anchos los ejemplares que sólo tres hombres podían abarcar el tronco de un roble.

Cuando se avanzaba con la intención de dejar expedito un camino se hacía talando árboles. Se cortaban y acopiaban a un lado los troncos para hacer «planchados»<sup>55</sup> o pavimento de tablones sobre el camino lodoso, tal como se hizo en el camino interior de Chiloé, entre Ancud y Castro, abierto en 1787. La tala en los bosques andinos era tarea de hacheros experimentados, como los chilotes, que por generaciones iban a talar el alerce a Comau y Bodudahue, en la Sierra Nevada frente a Chiloé<sup>56</sup>.

En el interior de los bosques crecían las tupidas formaciones de quilas, los quilantales, que ofrecían el mayor obstáculo para el tránsito, haciendo sumamente lento el avance, a fuerza de machete. El padre Guell dice, en 1767, «que en un día no pudimos abrir más que 4 varas para pasar el cuerpo de un hombre». Menéndez refiere que las talas eran trabajosas, «capaces de aburrir al más esforzado». Se avanzaba con hachas para cortar malezas, «cañas bravas», coligues y quilas, que volvían a cubrir el camino a cabo de un año, de modo que parecía imposible vencer el monte.

En cuanto al mantenimiento, los víveres se conducían en grandes bolsas a pie, a caballo, o cada expedicionario llevaba su propia ración por el tiempo que duraba la travesía. Conducir los víveres desde Chiloé hasta Nahuelhuapi era uno de los mayores problemas de cada expedición. Había que recolectar, financiar y transportar la alimentación necesaria para los hombres durante uno, dos o tres meses, porque, a pesar de la exuberante vegetación, no daban

53 Idem.

54 Idem.

55 *Planchar* o hacer *planchados* era (y es) una práctica común en el lluvioso sur de Chile, por la que se acondiciona y habilita un camino de tierra poniendo sobre él largos tablones ajustados a la manera de pavimento.

56 Véase Rodolfo Urbina Burgos, «Las tablas de alerce y los antiguos tableros chilotes», Revista *Creces*, n° 12 (Santiago, 1986).

«los bosques ni la laguna, comida alguna»<sup>57</sup>, aunque se exageraba, porque en toda ocasión se aprovechaba de pescar. Una expedición normal llevaba ollas, cafeteras, velas, cobijas de lana, escopetas, aguardiente, manteca, papas, harina, chicha de manzana, miel, jamones, pescado seco, cholgas secas, tabaco, etc., todo lo cual formaba el «matalotaje». Guell y sus hombres llevaban en 1766, en su viaje por el camino de las carretas «harina de cebada, un poco de trigo y marisco seco»<sup>58</sup>. Lo corriente era depositar las vituallas en pequeños refugios, como Ralún, que se iban levantando a medida que se avanzaba, y era necesario que alguna cuadrilla se devolviese a su búsqueda. Si se acababa la comida, estaban los pangues –que en Chiloé llaman nalcas–, pero que, a pesar de su buen sabor, no era un buen alimento, porque «a más de debilitar, su jugo voraz nos da más hambre», dice Guell. Lo regular era comer harina mezclada con agua («guampada»), el ulpo, alimento frugal del archipiélago y costumbre de los tableros cuando salían a las faenas de la Sierra Nevada. Pero a veces la lluvia destruía los víveres de la ración, y eran los casos en que se pasaba hambre.

Se alojaba en improvisados ranchos, toldos o ramadas. Cuando había urgencias, bastaba con las enormes hojas del pangué para protegerse de las lluvias como techos de refugios. En una de las frecuentes tempestades que narra Guell en su viaje de 1767, dice que cuando «el tiempo comenzó a enojarse... hicimos unas barraquitas de hojas de pangué que nos dieron la vida». Era costumbre que los chilotes alcereros las usaran para techar pequeñas chozas construidas de quilas. Menéndez explica cómo hicieron uno de esos alojamientos: «formamos un rancho o cabaña de cañas clavadas en tierra por los dos extremos, y después cubiertas con las hojas del pangué, así forman media cuba en la que no se puede estar sino echado, y cuando más, sentado»<sup>59</sup>. Ya en territorio de Nahuelhuapi, suponemos que los padres misioneros aprovechaban los toldos indios hechos de cuero de vacuno o caballo.

De la fortaleza de los hombres dependía el éxito de las expediciones. Los españoles milicianos de Calbuco y los reyunos de Calbuco y Abtao soportaban estoicamente las dificultades porque eran isleños acostumbrados a los rigores del clima y a las incomodidades. Benjamín García describe a los chilotes del área de Reloncaví en los primeros años del siglo XX, habitantes de las islas de Maillén y Guar, pero también a los vecinos de Castro, que se internaron por el paso de Vuriloche transportando víveres, carpas, botes, etc., cuando por esos años se pusieron los hitos demarcatorios del límite con Argentina. Los describe como «expertos marineros e incansables bogadores, ya sea remontando o descendiendo los peligrosísimos rápidos de los ríos o arrastrando botes y chalupas a la sirga, con el agua muchas veces a la altura del pecho; macheteros no igualados en la tupida maraña de bosques impenetrables, en donde despliegan un sentido de la orientación admirable. Fuertes y hábiles hacheros que, en cortos minutos, derriban gigantesco árbol de tronco colosal y, con certeza, lo hacen caer a voluntad, a guisa de puente, sobre ambas orillas de un profundo precipicio o correntoso curso de aguas que detiene la marcha, hasta que el *cúicúy* [tronco que hace

57 Segismundo Guell, «Noticia breve y moderna», Hanisch, W.: *La isla de Chiloé*, p. 240.

58 *Ibid.*, p. 236.

59 Francisco Menéndez O.F.M., «Diario del viaje de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi». AHNM, Diversos-Colecciones, 32, N° 44, ff. 3v.

de puente], una vez listo, da paso a los expedicionarios. Imperturbables ante los rigores e inclemencias de las lluvias y de los fríos». Y sobrios en su alimentación, porque sus comidas parece no habían variado de las de los siglos XVII y XVIII: «por la mañana una taza de café o yerba mate con un *trapaléle* (masa de harina común, cocida en agua) [el *chapalele*] como sustituto del pan; un puñado de harina tostada en un descanso al medio día, y una frugal comida caliente, compuesta de charqui, arroz, mote y algunas papas»<sup>60</sup>. Más de cien años antes, en 1791 en el viaje de Menéndez y su grupo, la primera comida del día era similar a la descrita: «un chedcan, que consiste en agua caliente y uno o dos puñados de harina tostada»<sup>61</sup>.

Las expediciones estaban marcadas por lo imprevisible y por lo duro de cada jornada. Al culminar su primer viaje, Menéndez observa que «la gente está toda estropeada y descalzos [...] los más cojos por habérseles cortado la sangre en las piernas, que totalmente les impide el andar, y otros heridos de las cañas y golpes que han llevado»<sup>62</sup>. Igual o mayor dificultad padecían los religiosos por su edad o por no estar habituados a caminar por «cordilleras ásperas, de pantanos frecuentes, de lluvias impetuosas, de ríos caudalosos, de peligros en la salud y en la vida, pasando los días y noches mojado y sin abrigo, como de ordinario lo pasan los padres en estas trabajosas misiones»<sup>63</sup>. Mascardi logró hacer el viaje caminando, como los demás que iban con él, pero «con todos sus achaques y pie desconcertado».

En cuanto a la estrategia de avance, cuando las expediciones llegaban a lugares «seguros» como Cayutué o Todos los Santos, generalmente enviaban pequeñas avanzadas que se imponían del estado del terreno, talaban y despejaban el paso. Se puede leer, por ejemplo, que «se arracionaron 9 hombres para 8 días, a fin de que vayan a reconocer el camino de Vuriloche y ver si se halla paso franco». Si se estaba en las proximidades del lago, quedaban atentos a informarse sobre el carácter de los indios, para luego regresar al cuartel, preparar el grupo y partir al día siguiente con todos los hombres, bastimentos, tiendas y piraguas desarmadas. Suponemos que estos destacamentos eran conformados por un sargento o soldado junto a algunos milicianos y algún indio conocedor del paraje, o al menos traductor. Una vez conseguido el objetivo, los destacamentos se comunicaban entre sí por tiros de artillería.

### 3.2. *LOS OFICIOS DE LOS EXPEDICIONARIOS.*

Enorme despliegue de recursos exhibe el chilote en el mar. Allí conoce los ritmos o pulsaciones de su piélago y se mueve por jornadas diarias entre islas conocidas y a la vista de sus capillas. Navega con soltura en el Mar Interior y se aventura más allá, en las islas australes, porque lleva el mapa en la mente, como dice Hanisch. Claramente más marino que terrestre,

60 García, B.: «El camino de Vuriloche», n° 103, p. 24-25.

61 Francisco Menéndez O.F.M., «Diario de la segunda expedición que se hizo a la laguna de Nahuelhuapi el año de 1791». AHNM, Diversos-Colecciones, 32, N° 44, fjs. 8-8v.

62 Francisco Menéndez O.F.M., «Diario del viaje de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi». AHNM, Diversos-Colecciones, 32, N° 44, fjs. 9 10 y 10v.

63 Carta Anua de 1690. ARSI, Chile, 6, p. 352-359, W. Hanisch, *La isla de Chiloé*, p. 97.

mantiene despoblado el interior de la isla para llevar una vida «bordemarina» donde halla los recursos alimenticios con más comodidad. Pero, si bien no se asienta en el interior, tiene una rica experiencia en la tala, en la obtención de tablas, en el transporte fluvial y terrestre, y en la utilización de la madera para sus diferentes artilugios –experiencia adquirida a falta de hierro–, como lo hacía en la tierra firme del este, donde explotaba el alerce. De esta cultura de la madera se vale el chilote para adentrarse en sus márgenes como eran Nahuelhuapi, la frontera huilliche, los alerzales de Comau y Bodudahue.

En las exploraciones en medio del bosque impenetrable eran importantes los indios «alteadores», que daban la dirección «alteando», es decir, subiéndose a los árboles más altos para indicar el rumbo, porque desde el piso del bosque no se veía el cielo y era imposible saber los puntos cardinales. En la isla de Chiloé fracasaron varios intentos de trazar la senda por el interior de la Isla Grande desde los años sesenta, hasta que en 1787 se pudo vencer la montaña gracias al indio Caicuméo, que era alteador y que supo dar la dirección del trazado. De los alteadores, y del sistema de señas dejadas en medio de la espesura para asegurar el regreso, se valieron los exploradores del siglo XIX, como Hans Steffen en la Sierra Nevada. Otro explorador, como Roberto Maldonado, para explorar el interior de Chiloé recurrió a expertos chonchinos a quienes consideraba como los más capacitados para «altear».

Aunque los jefes de las empresas eran experimentados en dirigir la apertura de senderos, más importantes eran los indios que servían de guías o «prácticos», que tenían más luces sobre las rutas y sabían entenderse con los naturales locales. También era importante la experiencia en la geografía de la cordillera, como la adquirida por los Barrientos, de Quiquel, que por su fama de buscadores de los Césares y tal vez los mejores conocedores de la Sierra Nevada, sirvieron de guías al franciscano Francisco Menéndez. En esto, los indios y españoles de Chiloé aportaban su riqueza cultural para relacionarse con la naturaleza sureña. Estaban familiarizados con la vegetación y los sonidos del bosque, pero también con las supersticiones, creencias y mitos. Eran atentos al canto de las aves y a los signos del buen o mal agüero que anunciaba el chucao, esa avecilla misteriosa y siempre oculta en la espesura que anunciaba con su desproporcionado canto, según viniera de la derecha o izquierda, la buena suerte o la desgracia.

Los indios chilotes, sobre todo los de los partidos de Carelmapu y Calbuco, y los de la reducción de Abtao, eran tradicionales hacheros, que en Chiloé se llamaban *tableros*, cuya principal ocupación era el corte del alerce en la Cordillera desde el siglo XVI, y muy activos en el XVIII, como apunta en 1774 Carlos de Beranger<sup>64</sup>. Los observadores foráneos estaban de acuerdo en reconocer la destreza de los taladores isleños, por su experiencia en derribar los gigantescos alerces y abrir camino en la espesura. Isleños como estos conformaban la mayor parte de los grupos expedicionarios a Nahuelhuapi.

No sólo eran taladores. También eran prácticos en «planchados», es decir, cubrir la senda con tablonos bien unidos tendidos en los tramos más lodosos del camino, que en la Isla

<sup>64</sup> Carlos de Berenguer, «Relación geográfica de la Isla de Chiloé y su archipiélago, sujeta al mando del Perú, Madrid, 12 de agosto de 1774», Museo Naval de Madrid, Manuscrito 520.

Grande llamaban «desechos». Estos tablones eran el pavimento de madera que permitía el tránsito a pie o a caballo por el piso «fofo, aguarroso y hundible»<sup>65</sup> del bosque. Se hacían con tablones que llamaban estacas, de dimensiones fijas de dos varas de largo por 5 ó 6 pulgadas de diámetro, para conformar una especie de cama sobre el barro. Encima de las puntas de cada una de estas estacas se ponían «otras estacas largas, según la longitud del camino, que sujetas a sus cabezas con listones verticales se clavaban en el suelo como clavos. De esta suerte se mantienen todas en situación y forman una firme calzada»<sup>66</sup>. Este terraplén de madera debía ser renovado permanentemente porque los tablones se pudrían o se desencajaban, poniendo en riesgo a los hombres y caballos.

Cuando la madera no lograba vencer el piso por la topografía, se usaban las sogas con las que se formaban escaleras para superar las cuestas o quebradas verticales. Estas escaleras eran hechas de cuerdas improvisadas y servían para bajar o subir las barrancas cuando eran muy profundas, o para subir desde la orilla de los ríos hacia el nivel del piso del bosque. El recurso más corriente para salvar obstáculos eran los troncos tendidos o cuicuyes, que permitían el paso de hombres, cabalgaduras y carga por ríos y esteros, que ya hemos mencionado. Para derribarlos era labor en la que trabajaban entre 5 y 10 hombres. Se escogía un árbol corpulento de entre los más cercanos a la orilla, preferentemente un roble, (la documentación simplemente dice «botar un palo», sin importar la especie con tal de ser corpulenta y larga), y se botaba cuidando que alcanzara hasta la orilla opuesta del río. La tarea podía requerir hasta un día entero. Esta demora obedecía al tamaño del árbol y a la corriente del río. En muchos casos al caer el tronco, era arrastrado por la corriente o se hacía pedazos contra una roca, y había que volver a empezar derribando otro árbol. En otras ocasiones se veían obligados a talar y arrastrar los troncos desde parajes relativamente distantes, lo que tomaba un día o más.

Las expediciones se valían de piraguas o dalcas para explorar o cruzar ríos. Se hacían en la mismas orillas, y en tierra firme se desarmaban para ser transportadas a hombros. Su construcción era una originalidad chilota usando dos tablones laterales y uno de fondo. Eran estas las piraguas más sencillas y corrientes hechas de tres tablas. Allí cabían 12 personas. Las grandes, de cinco o siete tablas, se utilizaban sólo en el Mar Interior de Chiloé y en las expediciones a las islas australes. González de Agüeros da una medida: tablas «de 2 ó 4 brazas de largo, media vara o  $\frac{3}{4}$  de ancho y 2 ó 3 pulgadas de grueso»<sup>67</sup>. Las tablas se cortaban al hacha, excepto los troncos de alerce, que al ser «de una sola hebra», se rajaban las tablas del grosor deseado, usando para ello cuñas de madera. Se presionaba la cuña desde un extremo y saltaba la tabla a todo lo largo del tronco<sup>68</sup>. Las dalcas se labraban de tal manera que los extremos quedaban más angostos para poder formar la proa y la popa; luego eran curvadas al fuego en ambos extremos, «dejándolas quemar por encima»<sup>69</sup>, mientras que para

65 Torres de Mendoza (publicado por), *Demarcación y división de las Indias: Chile*, Tomo XV, pág. 409. MM, T. 257, fjs. 197.

66 Idem.

67 Una braza equivale a 1,67 mts., y una pulgada, 2,3 cms.

68 R. Urbina, «Las tablas de alerce».

69 Fray Pedro González de Agüeros, *Descripción histórica de Chiloé*, 1791, editado por Isidoro Vázquez de Acuña, Santiago: Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, Universidad de Santiago, 1988, pág. 66.

unir los costados con el plan, se hacían unos pequeños barrenos a fuego a distancia de dos pulgadas por ambos lados, para poder unirlos<sup>70</sup>. Como ya dijimos, la tablazón se «cosía» con fibras vegetales, usando la corteza del alerce o soguillas hechas de coligue, formando una verdadera costura, «como si se unieran dos retazos de paño»<sup>71</sup>. Para que no entrara el agua a la embarcación, se aplicaba «por dentro y por fuera a lo largo de la tabla unas hojas de árbol machacadas, y sobre estas pasan las puntadas»<sup>72</sup>, o de maqui u otro árbol de hojas «ligosas». También se calafateaban los barrenos con hojas de *mepu*, o «voqui»<sup>73</sup>, quedando impermeables al agua. De esta forma, «sin necesitar un clavo, queda la costura segura»<sup>74</sup>.

Las dalcas eran embarcaciones «debilísimas y nada seguras... pero tienen una grande utilidad para los navegantes», dice Pedro Lozano<sup>75</sup>, por ser muy marineras. Su desventaja era carecer de cubierta para el resguardo de los víveres. A favor, en cambio, estaba la falta de quilla que les permitía introducirse en los ríos y riachuelos de poca profundidad. Empleaban remos de «pala ancha» para empujar la embarcación, usándolos verticalmente por dos hombres de pie en medio de la piragua, y no en la popa, y en caso necesario, un aparejo para una vela improvisada de «bordillos» de lana, es decir, pequeños ponchos que usaban los indios *veliches*<sup>76</sup>.

Para hacer el camino de las lagunas las dalcas se cosían y descosían, es decir, se armaban o desarmaban según se avanzaba por aguas o por tierra. Cuando se desarmaban, se transportaban a hombros cuando no era posible llevar animales de carga. Para construir dalcas durante la marcha, había que elegir el árbol más a propósito, todo lo cual tomaba días si los árboles estaban distantes o no eran adecuados. Apenas llegados al lago Todos los Santos, los hombres de Menéndez buscaron ejemplares para hacer dalcas, pero a pesar de la abundancia sólo hallaron dos a propósito, que al derribarlos «se desgraciaron y no sirvieron». Hallaron un tercero, del que «salió el plan y los costados», es decir, las tres tablas necesarias, que se hicieron en un solo día, mientras que la construcción sólo se concluyó al cuarto día<sup>77</sup>. En la misma expedición, y para cruzar el lago Gayetué se derribó un árbol temprano en la mañana de un día martes, y antes de media tarde estaba rajado, pero recién el viernes «se levantó la piragua, y costó bastante trabajo, porque como es pequeña y tiene poco peso, se dobla unas veces más de lo necesario y otras no se puede doblar las tablas sin peligro de rasgarse, porque dicen que para no rasgarse se le ha de sacar todo el corazón del palo, y no

70 *Ibid.*, pág. 67.

71 *Idem.*

72 *Idem.*

73 «Diario perteneciente al sargento 1º Pablo Téllez, segundo viaje de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi». AHN, Diversos-Colecciones, 32, nº 44, Doc. 4.

74 Miguel de Olivares, S.J. *Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1736)*, José Toribio Medina, *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*, Tomo VII pág. 371.

75 Pedro Lozano, *Historia de la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay*, Madrid, 1754-1755, Cap. V, pág. 31.

76 «Diario de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi. 2ª expedición, 1791». AHN, Diversos-Colecciones, 32, nº 44, fjs. 8.

77 «Diario de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi, enero a marzo de 1791». AHN, Diversos-Colecciones, 32, nº 44, fjs. 4-4v

podieron sacarlo todo por no dejar demasiado delgadas las tablas»<sup>78</sup>. Ocho días se tardó en hacer una piragua para navegar el Nahuelhuapi<sup>79</sup>; tres días trabajaron ocho peones, en otra ocasión<sup>80</sup>. El chilote Diego Barrientos fue el responsable de la construcción de la piragua para cruzar el lago Todos los Santos en el segundo viaje de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi. En ella trabajaron 7 hacheros y tardaron 6 días<sup>81</sup>. Más lento fue en 1767 en el viaje de Guell, en que se gastaron 15 días en hacer una para navegar el mismo lago.

Todo esto era cultura chilota llevada a Nahuelhuapi, como se hacía también en las exploraciones a las islas australes, para introducirse con las dalcas en las ensenadas y ríos de la Cordillera, hacia la Trapananda. En ellas misionaban por primera vez los jesuitas y después los franciscanos, «mojados de las continuas lluvias», por carecer de cubierta. Fácilmente se inundaban a través de los orificios por donde pasaba la costura e intersticios de las tablas mal ajustadas. Rosales dice que «cada puntada es un barreno por donde entra el agua a la piragua, y es menester una y dos personas que siempre están achicando el agua que les entra para que no se vaya a pique, con que afrontar peligros de la vida, los indios alterados, los encuentros de las aguas, los genios de los vientos, la hinchazón de las olas, lo débil de las tablas, los alaridos de su rugido y los mares que por sus agujeros les entran»<sup>82</sup>.

En síntesis, las expediciones marítimas contaban con un piloto 1º y un piloto 2º, un calafatero, un carpintero de ribera, un experto conocedor del viento y lector de la atmósfera, mientras que en los viajes por tierra eran necesarios los hacheros, los expertos en «cuicuyes», los capaces de hacer sogas, los constructores de dalcas y bongos, así como los «alteadores» para orientarse en el bosque, aunque todos, incluso los indios remeros, estaban en condiciones de fabricar los distintos artilugios para navegar y para penetrar la tierra adentro.

Así se iba enfrentando la naturaleza nueva que presentaban las dos rutas a Nahuelhuapi, con conocimientos locales y aprendiendo de la experiencia. La cultura chilota de la madera<sup>83</sup>, mantenida por los hacheros que hacían tablas de alerce para venderlas en Perú, los carpinteros, que sabían construir dalcas como el único medio de transporte posible en Chiloé, se diversificó en posibilidades hacia la tierra firme del norte y del oriente.

78 «Diario de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi. 2ª expedición, 1791». AHN, Diversos-Colecciones, 32, nº 44, fjs. 4.

79 *Ibid.*, fjs. 7v.

80 «Diario perteneciente al sargento 1º Pablo Téllez, segundo viaje de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi». AHN, Diversos-Colecciones, 32, nº 44, Doc. 4.

81 *Idem.*

82 *Idem.* La más completa descripción de la piragua chilota se encuentra en Diego de Rosales, *Historia general del Reino de Chile, Flandes Indiano*, (2ª edición), Tomo I, pág. 1.650.

83 Véase a Felipe Montiel, *Los últimos constructores de artilugios de madera en Chiloé*, Castro, 2003.